los bueyes... Hubo, sin embargo, uno entre ellos que murmuró·

—Este de veras es bueno: le conozco mucho.

Y otro añadió:

—Es el inválido del sitio.

Mas estas frases tímidas no tuvieron eco.

La escena que á ésto siguió fué verdaderamente característica, y no se me borrará de la memoria.

La vieja conocía también al hermano, pues se retiraba hácia nuestras mesas conforme el hermano se acercaba á ella, y arrastraba consigo al pobre Bastián, que pugnaba por agarrarse á la sotana del religioso. Este no dijo más que estas palabras:

—Sé bueno, Sebastián, hijo mío; ama á tu padre y á tu madre, que Diós te lo premiará.

Cuando la vieja llegó reculando hasta las mesas, dijo á su marido:

—¡Vámonos de aquí!

Y Chamoin se levantó. También él conocía al hermano, y andaba huyendo de él con la vista. Cogió en brazos á su hijo, que probablemente haría ya mucho tiempo no se había visto en otra, y se fué sin decir una palabra.

—Son unos infelices, dijo el hermano, sin separar de ellos su mirada compasiva.

Un obrero que había apurado ya su vaso, se llegó entonces al hermano, y le dijo:

—Hay aquí quien ha estado en Champigny... allí le han visto á usted. No hay traje que pueda ocultarlo... Usted tiene mucho *de esto*.

Y dándose unas palmaditas sobre el corazón al pronunciar las últimas palabras, volvió la espalda añadiendo:

—Los Chamoin no son buena gente.

No hubo más. Las mesas quedaron desiertas en un abrir y cerrar de ojos.

¡Ah! Es dura su esclavitud, muy dura. Tienen el corazón recto, son honrados, conocen que el hermano tiene mucho "de ésto," mucho corazón, conocen que los Chamoin no son buena gente... Pero huyen del hermano como de la peste, y se van con Chamoin.

¿Por qué? ¿Acaso Chamoin les dará el bienestar de que él mismo carece por completo? Quizás tengan en él un poco de esperanza: ¡tan niños son!

Pero hay otra cosa.

Por los ojos de Chamoin les está mirando un poder oculto, y tienen miedo.

VII

En el coche de alquiler á que hicimos subir al hermano para volverle á la casa-matriz, quiso Juan saber lo que yo había visto y oído en el figón mientras él estaba en misa, y se lo dije. Había yo recibido muy mala impresión. El hermano se mostró muy discreto, como era su deber; mas ciertas frases recogidas al rededor de las mesas, me dejaban entrever que aquel Chamoin y su mujer se encontraban entre los siniestros actores del drama de la calle de Scribe.

—El voto nacional, dije yo, es una gran cosa, pero es una gran cosa que no es de nuestros tiempos. La basílica no llegará jamás á edificarse, y si llegara á ser edificada

será destruida. Es un reto demasiado atrevido lanzado al rostro de la victoriosa coalición formada por la duda, la incredulidad y la indiferencia. Ustedes mismos proclaman que todos los que no están con ustedes, están en contra. Pues bien; en este siglo de medias tintas, de compromisos, de amalgamas de atenuaciones y de acomodamientos, en que toda criatura humana comercia con el deber discute el sacrificio y se condena inteligentemente y según las reglas de la más exquisita prudencia, esa divisa de ustedes es una divisa desastrosa. Las filas de ustedes se enrarecen, mientras que las de los enemigos se hacen cada día más compactas, merced á la divisa opuesta. Porque ellos dicen: "todos los que no están contra nosotros, están con nosotros," y este sí que es en el fondo el espíritu del Evangelio. De este modo ellos reclutan todas las bajas de ustedes; y yo, que estoy entre los dos campos, imagen viva de la imparcialidad, estoy viendo claramente que les dan ustedes motivos para que se rían. Al crear ese monumento se parecen ustedes bastante á un pueblo que hiciera tirar salvas y cantar el *Te-Deum* después de una batalla perdida. ¿Tienen ustedes muchos recursos de sobra que gastar? ¿No les quedan ya pobres á quien socorrer, para que arrojen ustedes la sustancia que ellos necesitan como pasto á ese fastuoso quemadero de incienso prodigado y perdido?

El buen hermano me miraba sonriéndose con cierta gravedad. Maravillábame yo de que Juan no me contradijera; pero Juan había cogido el devocionario forrado de franela y le andaba hojeando.

Yo por mi parte proseguía mi exposición, y por supuesto, tenía buen cuidado de repetir al final de cada período que hablaba de aquella manera por el interés únicamente de la religión. Es la ley constante de toda murmuración y de todo daño. Un destronamiento no puede hacerse en toda regla sino al grito de ¡Viva el rey!

Había ya concluido con la imprudencia de la "manifestación," preparábase á tronar contra el crímen inútil de semejante limosna prodigada irrisoriamente á la riqueza de Diós delante de la miseria de los hombres, y es seguro que hubiera podido continuar muchísimo tiempo hablando en el mismo tono, sin que se me agotara la vena, cuando la mano de Juan cayó de golpe sobre su libro abierto.

—Escucha—me dijo.

Y leyó en alta voz la parte del Evangelio de San Juan que se lee el lúnes de la Semana Santa: "Seis dias ántes de Páscua llegó Jesús á Bethania, donde había "muerto Lázaro, á quién El mismo había resucitado. "Diéronle allí de cenar, y Marta servía la mesa, siendo "Lázaro uno de los comensales. María por su parte tomó una libra de ungüento de nardo de preciosísimo "perfume, y ungió con ello los piés de Jesús, limpiándolos y enjugándolos en seguida con sus cabellos: y toda la casa se llenó de olor del ungüento. Y en ésto "uno de los discípulos, Júdas Iscariote, que era el mismo que había de entregar á Jesús, dijo: *¿Por qué no "haber vendido este ungüento en trescientos denarios y "haber dado ésta cantidad á los pobres.....?*"

Juan volvió la hoja y prosiguió:

—Tal fué la palabra de Judas. Aquí tienes ahora la respuesta del Salvador en el Evangelio de San Márcos: "Dejad en paz á ésta muger; ¿por qué la molestais...?

"Ha hecho lo que ha podido: ha ungido y embalsamado "con anticipación mi cuerpo para la sepultura. Y os di-"go la verdad, que donde quiera que fuere predicado "éste Evangelio en el universo mundo, la acción de ésta "muger será contada en su alabanza....."

El hermano besó la cruz de su rosario: yo quedé mudo: Juan cerró el libro.

—¡Es bellísimo!—dije yo después de un momento de silencio.

—¡Cállate!—murmuró Juan, que rezaba.

VIII.

Poco después continuó:

—Lo de Diós todo es hermoso. No alabes solamente el explendor de su palabra con tus juicios de poeta: contempla la hechura de sus manos; admira la obra de sus misericordias; maravillate, prostérnate... ¿Tienes realmente miedo por Diós ó al ménos por el santuario de Diós circundado de amenazas y de ódios? Es en verdad un sentimiento bueno, y quizás no esté yo léjos de participar de él; quizás abrigue yo tus mismos temores. Yo llevo tambien una tristeza en mi pensamiento; pero al mismo tiempo me dan ganas de reírme de tí, y de mí sobre todo, porque nuestros temores no van bien dirigidos. Lloremos por los hombres, y no más que por los hombres. En Diós todo es duración; todo es fuerza. Nada peligra en Diós ni nada muere. ¡Bah! no seas nunca prudente cuando se trata de Diós. Amaïe si puedes sobre todas las cosas, y no le prestes jamás la protección

de tu sabiduría. Judas injurió á la hermana de Lázaro en nombre de los pobres, pero su indignación era una mentira. Escucha á Jesús y da á Jesús, que es á la vez el más pobre y el más rico. Que tu perfume sea derramado hasta la última gota y se pierda á sus piés. ¡Tanto mejor si vale trescientos denarios ó mil ó cien mil!

Tú vives en el siglo de los hombres sensatos, racionalmente enloquecidos, de los sábios que no ignoran nada sino el principio de toda ciencia; en medio de esos talentos ruidosos que se creen profundos porque están huecos, y oyes á cada paso á los corifeos de la duda lanzar á los cuatro vientos el constante grito de su estupor al ver á esas masas de creyentes, inmensas y sin intermisión renovadas, emprender viajes sobre viajes sin otro objeto que ir en tropel rezando y cantando á adorar el corazón de Diós, á honrar á la Madre de Diós, á la madre de la Madre de Diós, á San Miguel Arcángel. y ¡qué sé yo.....! á todo lo que es de Diós. ¿Piensas que entre ellos no hay doctores? Son millones de peregrinos, y van á cien y cien santuarios y ermitas tan humildes, que los comerciantes de popularidad no conocían ni por asomos sus gloriosos nombres; se arrodillan delante de los sepulcros de San Dionisio y de San Martín, de Santa Radegunda y de Santa Genoveva, en Tours, en Poitiers, y ¡oh vergüenza! ¡en París, manantial de tintas que sirven para todo...! Beben el agua de Lourdes y el agua de la Saleta, desacreditadas por los médicos; traen consigo rosarios de la Saleta y de Lourdes; dan la vuelta de rodillas al rededor de la basílica de Santa Ana, y piden besando la tierra ante el Sagrado Corazón en Paray-le-Monial, no ciertamente el castigo de los

que ciegos les aborrecen á ellos y á su religión y de los que triunfan sobre su propia desgracia, sino su vuelta á la felicidad y á la luz verdadera. Pues bien; ahí tienes que esos mismos peregrinos y otros todavía más innumerables vuelven ya sus ojos hácia Montmartre, la colina escogida, desde donde el inmenso amor á Jesús vá á descender sobre Francia en torrentes de bendiciones.

¡Así lo creen! ¡En 1873!

Este hecho, ¿no te dá en qué pensar?

Van á venir, ya vienen; y el templo del Voto Nacional, cuyas raíces penetrarán en la tierra más profundamente que las de los cedros del Líbano, no existe todavía más que en esperanza. ¿Qué será cuando nuestro Arzobispo haya sembrado la bellota de piedra, de la que ha de surgir y elevarse el árbol con todas sus ramas? Entónces vendrán á centenares. Y cuando los primeros perfiles de la obra aparezcan sobre la cima de la montaña, les verás venir á miles; y cuando el primer cántico resuene dentro de la nave sagrada, el monte todo entero, de la falda á la cumbre, se verá materialmente erizado de actos de fé vivientes.

Yo sé que ha de suceder todo ésto: oigo en el porvenir resonar la sinfonía pacífica que consagre al corazón de Diós el corazón de mi patria: éste es para mí el grito de resurrección que sube, más agudos que nuestros dolores, más hondo que nuestras ignominias y vasto como nuestras esperanzas, hasta el cielo, que invade, lanzado por millones de pechos. Estos tumultos de fervores rinden á la Providencia.

Existen, tú lo has dicho, sérias amenazas en medio de éstas consoladoras promesas. ¿Pero acaso tu solo

acabas de descubrir ésta mañana la batalla que se viene librando desde hace casi diez y nueve siglos entre Cristo y Celial? Sabemos que nuestro enemigo se prepara al asalto; háse vanagloriado de su fuerza y ha insultado nuestra debilidad; pero ¡loado sea Diós! el triunfo tiene para nosotros dos fases, una de las cuales es la del martirio, y triunfamos aún siendo derrotados: nosotros vemos la victoria en donde está realmente; en el cumplimiento, sea como fuere, de la voluntad divina.

Tenemos quizá nosotros en nuestras horas la misma visión que los profetas del mal. Vemos la ola de la impiedad venir contra nosotros como la marea que sube. Vemos la inundación de la cólera cubrirlo todo. Nada resiste á ésta muerte; los cánticos sagrados enmudecen; el templo se desploma; no queda del santuario más que un lienzo de pared, lo justo de alto y de ancho para que se arrimen los santos que van á morir. *Te Deum laudamus.*

¡Gloria á vos, Señor y Padre nuestro, gloria, gloria! ¡Oh! ¡Gloria eterna á vuestro adorado nombre! Tened piedad de esa corriente homicida que rueda precipitada contra vuestros siervos. ¡Habeis muerto ¡oh perdón inmortal! por esas almas en plena demencia! ¡Tened piedad de los verdugos por amor á las víctimas... tened piedad hasta de Júdas, si es posible .....!

Y hasta tened piedad ¡oh Diós, cuya misericordia no tiene límites! tened piedad de los amos de Júdas, de los príncipes del pueblo, de los fariseos y los escribas poseedores de los números y de las letras, que son ricos, que son elocuentes, que son sábios, hasta el punto de que se les llame con el nombre mismo de la ciencia:

"doctrinarios," y que combinan sin cezar el plan de la destrucción sin atreverse jamás á poner mano en ella.

Porque éstos no tienen más que un valor, el de la apostasía; su única audacia es la de mentir sin ruborizarse, y si hieren es desde léjos, sin ponerse á tiro. fuera de alcance, fuera de peligro, destilando por la palabra y por la pluma el veneno en que los verdaderos asesinos templen luego y afilen sus puñales.....

Estos, ¡oh Jesús dulcísimo! son mucho más culpables, que Judas, porque éstos excitan á Judas y hasta le pagan.—¡Ah! ¡En verdad que no le pagan muy caro: treinta dineros que Judas no comerá ni beberá, y de que los doctrinarios volverán á aprovecharse después que Judas se haya dado la muerte!

Yo, por mí, me compadezco mucho del nuevo Judas, el miserable de los miserables, al paso que mi pecho estalla de indignación cuando pienso en el crímen de los doctores, sus patronos; pero Vos, ¡oh Diós mío! tened piedad hasta de los doctores.

Y en tanto, Señor, ¿cuál de estas dos fiestas presenciaremos? ¿La del bien, ó la del mal? ¿La inauguración? ¡Gloria á Vos entonces! ¿La ruina? ¡También entonces os sea dada toda gloria! Vuestros templos, Señor, claman á Vos dos veces: cuando se levantan y cuando se hunden. Más incienso hay siempre en las lágrimas que en las oraciones mismas; y la cúpula derruida que coronó vuestros altares, no está menos cerca de Vos en el polvo que en las nubes.

Vos habeis dicho, Señor, con palabra de verdad, que en cualquier parte del mundo donde fuere predicado vuestro Evangelio, se hará mención de la prodigalidad

de María Magdalena en loor suyo. Así sea. La ganancia, la verdadera ganancia, Señor, el beneficio incalculable es aquel que se pierde á vuestros piés.

Nuestro voto tiene por objeto la expiación. ¿Qué importa, pues, la manera como nuestro voto ha de cumplirse? Nosotros haremos cuanto esté de nuestra parte; más á Vos toca realizar la obra. Es menester que la basílica brote del suelo como una alabanza de mármol y oro, y brotará. Es menester que crezca y que florezca para coronar á París, que corona el mundo. Es menester que su forma sea pura, y sus muros preciosos por la materia y por el arte. ¿Puede hallarse nada bastante bello para la casa de vuestro amor? Quisiera yo que fuese posible tallarla en un solo diamante, como que por ella han de correr los tesoros de la caridad infinita. No sería por eso ni demasiado consistente ni demasiado brillante para ser el dón de Francia, el homenaje que ha de vivir tanto como los siglos ó que se hundirá mañana hecho polvo en el primer temblor de tierra. ¡Sea, si á Diós le place!

¡Sea! ¡Y pueda en este caso ser la ruina bastante grande para valer todo el perdón de Diós!

Para esto, para esto sobre todo, que sea, ¡oh Jesús mío! incomparable en su magnificencia el palacio de vuestra ternura. ¡Que nada iguale su soberana belleza si ha de ser demolido por Judas , ciego y mercenario, asalariado por el crímen ilustrado de los doctores!

Demos, pues, los trescientos denarios de ungüento, aun cuando hayan de derramarse por el suelo hasta la última gota. Dad con profusión los que habeis recibido el temible depósito de la riqueza de que se os ha de pedir una cuenta tan estricta. Demos también los que so-

mos pobres. Que la opulencia y la indigencia sean igualmente pródigas, á fin de que el *ex voto* monumental de la Francia católica sea de plata maciza si ha de quedar en pié, y todo de oro si ha de ser derruido. Para dar lo que podamos, ¿tenemos acaso necesidad de saber si la maravilla dedicada al Corazón de Jesús le glorificará por largos años ó exhalará ante él de un soplo todas las piedades de su perfume como un incensario quebrado?

Lo que sabemos y lo que es cierto es que la bondad de Diós no tiene límites, que su reino viene á nosotros sin cesar, que su voluntad se hace eternamente, y que en el instante en que nuestra expiación suba hacia él victoriosa ó vencida, su corazón divino la derramará convertida en bálsamo de gracia sobre la llaga por donde sangra el corazón de Francia.

¡Dad, venturosos; dad, desvalidos; dad todos, y dadlo todo para rescatar el alma de la patria!..."

Y diciendo estas palabras, nos tendió, entre grave y risueño, la mano abierta como los que piden. Obedecimos ambos inmediatamente á este mandato, y cayeron en su mano á un tiempo el *sus* del hermano y mi bolsillo.

Sólo que al buen hermano se le enaguaron los ojos, mientras que yo llamaba á Juán "fanático" por vengarme.

IX

Algún tiempo despues fuí visitado la por desgracia, al parecer muy cruelmente. Bajo la primera impresión del golpe, anduve vacilando al borde de la rebelión que mata.

Pero vine una mañana á arrodillarme en la capilla provisional del Sagrado Corazón, y fuí salvo, recibiendo el beneficio de las primeras lágrimas.

Desde entonces creo, espero y amo. Soy feliz; sé rezar.

Hace quince dias terminaba la publicación de *Pedro Blot* en la *Revista del Mundo Católico*, cuando supe, por el triunfante clamoreo de los periódicos hostiles á la religión, que las suscriciones á la obra del Voto Nacional iban enfriándose. Inmediatamente me ocurrió el pensamiento de añadir este prefacio á mi libro, no porque me lisonjee de poseer la menor influencia, sino con el objeto de crearme así una ofrenda que depositar sobre el altar del Sagrado Corazón.

Escribiendo luego estas páginas, surgió en mí otro pensamiento. Según la palabra del mismo Diós, me dije, el que divulga el bien que ha hecho, ha recibido ya su recompensa en este mundo.

Y resolví entonces dar dos veces: primero, el salario de mi trabajo, y despues, publicándolo, la futura recompensa, para tener el derecho de decir á mis amigos ricos: ¿Habeis dado? Pues dad otra vez ¿Habeis dado mucho? Pues dad el doble, porque es preciso imponer si-

lencio á las burlas de los malos. Dad y divulgad vuestra dádiva, aún á riesgo de perder la recompensa. Levantad vuestra bandera, sostened el honor de vuestra fé. La pecadora fué perdonada porque su corazón estalló como un vaso demasiado lleno é inundó la casa de perfumes. Imitad este amor, superior á las prudencias humanas. Vosotros, la Francia católica, habeis hecho en vuestro arrepentimiento una promesa solemne al Corazón de Jesucristo: *Christo ejusque sacratissimo cordi Gallia pœnitens et devota.* Estais en deuda. ¿Dejareis que se ultraje á Francia y á su voto? ¿Dejareis protestar su deuda? ¿Dejareis insultar su penitencia y provocar el rayo?

Os hablan: oíd. No soy yo, que no soy nada; es el Sagrado Corazón, que lo es todo. Os llaman: levantaos y venid. El enemigo ha cantado victoria antes de tiempo, pues que ahí estais vosotros prestos á dar lo que teneis, todo lo que teneis, más de lo que teneis, y á daros por añadidura vosotros mismos, al Corazón que ama á los franceses, para rescatar á Francia.

PEDRO BLOT.

Me determino á publicar aparte y fuera del lugar que debiera ocupar en la série intitulada LAS ETAPAS DE UNA CONVERSION, la narración que va á leerse. Por órden de fechas fué la segunda historia que me contó Juan; la segunda, al ménos, relacionada con su propia vida. Sálese en verdad del plan general que me habia trazado, y apenas sabria qué lugar darla entre los episodios que forman las cinco jornadas del viaje misericordioso de la gracia al encuentro de un alma.

Estas cinco etapas, que són: *La muerte del padre* (ya publicada), *La primera comunión*, *El corazón de Carlos*, *María*, y *La segunda comunión*, forman un todo completo y no dejan entre sí hueco alguno donde poder intercalar un episodio de cierta importancia.

Y sin enbargo, ni quiero ni puedo yo suprimir este episodio que muestra á Juan bajo un aspecto que es necesario conocer; que muestra las buenas cualidades de Juan, y tambien sus defectos. Colocado al fin de toda la obra no estaría bien: seria demasiado tarde. Entre *La muerte del padre y La primera comunión* fué donde Juan